

una continua llamada a la humildad y a la conversión, tal como expuso el documento de la Comisión Teológica Internacional de 2000 sobre memoria y reconciliación de las culpas de la Iglesia, en el que Ratzinger actuó como presidente y que comenta profusamente.

Con san Agustín entiende la petición de perdón como «dejar hacer a la verdad»: «*Nigra sum sed formosa* (Ct 1,5): “he sido manchada por los pecados, pero a la vez hermosa”, hermosa por la gracia y por lo que Tú has hecho» (p. 468). Este hecho hace comprensible que exista una crítica «en» la Iglesia, no tanto una crítica «a» la Iglesia, al menos sin tener en cuenta su origen y finalidad sobrenaturales. Incluso con las miserias y limitaciones de sus miembros, la Iglesia puede seguir siendo signo de salvación en medio de un mundo a veces cerrado al plan salvador de Dios. Completan este panorama una serie de homilías, pronunciadas en diversas circunstancias, que unen el trasfondo teológico y eclesiológico con su propia finalidad pastoral. Constituye pues esta publicación una buena noticia para los investigadores y estudiosos en general, pues permite ver en conjunto toda la eclesiología del profesor Ratzinger que, junto con la escatología, constituye la disciplina teológica sobre la que más ha trabajado.

Pablo BLANCO

---

**Aurelio FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ**, «*Yo no moriré*». *La vida después de la muerte. La escatología cristiana*, Madrid: Palabra, 2015, 416 pp., 13,5 x 21,5, ISBN 978-84-9061-291-0.

Aurelio Fernández, sacerdote de Oviedo y doctor en Filosofía y Teología, es bien conocido no sólo por sus libros de Teología Moral, sino también por sus publicaciones en el campo de la escatología (e.g. *La escatología en el siglo II*, 1979; los capítulos sobre escatología en el segundo volumen de su *Teología Dogmática*, 2012; *Yo creo: en qué creen los cristianos*, 2013).

El presente libro llega como fruto de largos años de reflexión sobre el misterio escatológico. El autor afirma en el Prólogo (p. 19) que no tiene pretensión de ofrecer un manual ni un texto académico –por esta razón sólo hay una tabla de contenidos al final y ningún índice más–, sino una reflexión acerca de lo esencial de la escatología: «un ensayo».

Emprende esta tarea consciente de la necesidad de responder a las muchas preguntas y dudas modernas sobre el más allá; y de hecho titula bastantes apartados en forma de preguntas: ¿qué es la felicidad?, ¿el infierno está vacío?, ¿dónde están los condenados?, ¿la resurrección es posible?, ¿se transfigurará todo el cosmos (cuando hay cien mil millones de galaxias) o sólo la morada del hombre?

Si hubiera que caracterizar de algún modo esta obra, se podría decir que busca presentar al lector moderno la razonabilidad de la doctrina escatológica cristiana. Con esta intención, el autor adopta el siguiente procedimiento a lo largo del libro (cfr. p. 116): intenta mostrar que las ideas cristianas sobre el más allá no son absurdas, sino que al contrario tienen mucho sentido y son razonables. Espera que el lector, tras examinar los argumentos, llegue a convenirse de que lo que la revelación cristiana enseña es verdad (cfr. p. 116).

El tratamiento que el autor hace de las cuestiones escatológicas principales es moderno. Dialoga con autores muy diversos, con los que se muestra de acuerdo o en desacuerdo: Fernando Savater, Fernando Vidal, Julián Marías, Juan Cruz, Ruiz de la Peña, Ratzinger, Pozo, Rahner, Schmaus, Zubiri, Unamuno, Marcel, Bergson, Sartre, Heidegger, Kant, etc.

En consonancia también con su propósito de conectar con un público lo más amplio posible, el autor elige la siguiente estructura para su obra: en una primera parte —«presupuestos»— trata de la idea del ser humano como compuesto material-espiritual, y de la cuestión de la pervivencia más allá de la muerte. Luego, en una segunda parte explica la idea de una felicidad colmada en el cielo (también la de una posible purificación en el purgatorio) y su contrapartida: la posibilidad de una existencia frustrada en el infierno. En la tercera (última) parte, trata de la escatología en su forma consumada (resurrección del hombre y renovación del cosmos). Procedemos a comentar sucintamente las tres partes de libro.

La primera parte, que lleva como título «Presupuestos de la escatología cristiana», se compone de los capítulos: «El ser humano: la antropología» y «Vida y muerte del hombre». El autor intenta hacer convincente la existencia de un componente espiritual del ser humano, señalando en primer lugar la amplia difusión de la concepción dual del hombre —cuerpo material, alma espiritual— en Grecia, Roma y Oriente; y en segundo lugar argumentando (de acuerdo con Scheler) la dimensión espiritual de la persona humana a partir de actividades humanas que son propias al ser humano y le hacen superior a los animales. Este componente espiritual puede sobrevivir al naufragio de la muer-

te: no en sentido platónico –como sustancia perfecta– sino en sentido tomista (el alma separada no es persona pero sí sujeto: cfr. p. 59).

La segunda parte, que lleva como título «escatología personal e inmediata tras la muerte» conecta con las consideraciones anteriores acerca de la pervivencia postmortal. El autor, partiendo no sólo de la revelación sino también de la razón, explica que es parte intrínseca de la dinámica del amor el esclarecimiento («juicio») de si tal amor ha sido correspondido o no (en el caso que nos concierne, tanto Dios como el hombre comprobarán si hubo tal correspondencia: «a la tarde te juzgarán en el amor», dice bellamente san Juan de la Cruz). Resulta también interesante la propuesta del autor en la sección titulada «Juicio y misericordia», donde afirma que se puede entender mejor el posible resultado negativo del juicio si uno evita una consideración unilateral de los atributos divinos, adoptando más bien una perspectiva bilateral que abarca no sólo la actitud de Dios (siempre dispuesto a perdonar) sino también la del hombre (que –como ser libre– puede acoger o no la misericordia divina) (cfr. pp. 144 ss.).

En el siguiente capítulo, el autor presenta el cielo de una forma atrayente, como el colmo de la felicidad humana. El ser humano es máximamente feliz no cuando está solo sino cuando está inmerso en un mar de amor; y su alegría asume una forma plena cuando se encuentra con Cristo; a través de ese encuentro accede la vida en Trinidad y con la Trinidad. (Cabe observar en este punto, como en otros lugares del libro, un intento de ofrecer una interpretación más moderna de las categorías teológicas escolásticas: p.ej. las «aureolas», que esencialmente significan el engrandecimiento de algunas realidades humanas vividas en la vida mortal [cfr. pp. 185-187]).

En el capítulo siguiente, sobre el infierno, el autor advierte contra una interpretación ingenuamente literalista de los textos bíblicos. Explica que las referencias bíblicas al infierno (y al cielo) no deben tomarse como descripciones de lugares geográficos sino más bien de estados esenciales: estar en la compañía de Dios, o padecer su ausencia. (Sugiere, p.ej. que el «fuego» del infierno representa el hacerse cenizas todas las aspiraciones de la criatura humana: cfr. p. 214).

En la parte final de la obra, titulada «Escatología universal, última y definitiva», el autor ofrece un dibujo más general del estado final de la humanidad y de la tierra, de acuerdo con la revelación. Siguiendo a san Agustín, califica la resurrección como etapa final de la historia de la humanidad (nacimiento; muerte; resurrección). Sobre la teoría de la resurrección inmediata,

comenta (cfr. p. 318) que son «imaginativas en exceso, pues lo que nos transmite la revelación y enseña la doctrina católica es que, si bien el juicio divino... es inmediato a la muerte, sin embargo la glorificación corporal será al final de los tiempos» (afirmación que concuerda con el punto n. 5 de la carta «Recen-tiores episcoporum Synodi» de la CDF de 1979).

En el siguiente capítulo –titulado «Exaltación del cosmos»–, el autor ofrece un tratamiento novedoso de dos ámbitos en los que el hombre puede plantar las semillas de los nuevos cielos y tierra: la ecología y el trabajo. Para evitar el peligro de una visión puramente inmanentista o utópica, el autor sugiere tener en cuenta que rige una triple relación entre historia humana y salvación: distinción; mutua implicación; y subordinación (de la primera a la segunda).

El autor define la parusía como la glorificación final de Cristo y explica el juicio final no como una repetición de la valoración postmortal del individuo, sino como el esclarecimiento que ofrece Dios a la humanidad entera, del triunfo final del bien sobre mal, y de la aportación de cada individuo a la historia de salvación.

Como conclusión: esta obra representa una aportación a la tarea evangelizadora, que se enfrenta con el reto perenne de hacer asequible y atrayente la doctrina escatológica cristiana. El autor hace buen uso de sus amplios conocimientos filosóficos, teológicos y culturales para dialogar de forma interesante con corrientes de pensamiento predominantes en nuestra época. El diálogo con los pensadores –aun cuando el autor está en desacuerdo con ellos– mantiene un tono sereno y moderado (como puede observarse, p.ej. en los comentarios sobre posturas referentes a la salvación de niños muertos sin bautizar). Es el estilo con que hay que llevar a cabo la evangelización en los tiempos que corren.

J. José ALVIAR